

# RESEÑA

## DOS VECES SANMIGUELEÑO

**María del Coral Morales Espinosa**

Secretaría de Educación del Estado de Puebla  
nanatzincori@gmail.com



**Francisco Sánchez Conde**

2017 *Tzinacapan y Malintzin. El Encuentro*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Dirección de Fomento Editorial, México.

*Tzinacapan y Malintzin. El encuentro* es un relato que entrelaza sucesos y experiencias personales profundamente íntimas para, sin proponérselo, dar una verdadera lección de vida. El libro fue publicado en 2017 por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla a través de la Dirección de Fomento Editorial. La narrativa empleada por el autor es el ensayo que describe el diálogo del padre con su hijo y, en muchas ocasiones, las vivencias del mismo autor en sus dos pueblos: su natal San Miguel Canoa y San Miguel Tzinacapan, su pueblo adoptivo.

El autor aclara que no estamos frente a un trabajo de investigación, sin embargo aporta datos de mucha valía e interés para cualquier estudioso de las ciencias sociales: la tradición oral alrededor de la *Matlalkueye* o *Malintzin*; la participación de los habitantes de San Miguel Canoa en las Guerras Floridas con los pobladores de Cholollan; o el papel

del pueblo en la revolución y el movimiento cristero. El entramado vivencial del libro deja al descubierto la serie de decisiones que el escritor tomó para narrar con la misma intensidad lo anecdótico y lo íntimo y personal.

Este libro presenta los diálogos entre un hijo, el autor Francisco Sánchez Conde, y su padre, un hombre de 96 años, nacido en San Miguel Canoa, que fue secretario del Ayuntamiento en algún periodo de gobierno, activo promotor de la escuela primaria “Adolfo López Mateos” y portador de los saberes y las prácticas del emblemático pueblo indígena tan cercano a la ciudad de Puebla.

Además de la valiosa y emotiva descripción filial que se descubre en la plática del hijo con el padre, Francisco presenta de manera sencilla y humilde un verdadero tesoro: el vínculo de vida entre los pobladores de Canoa con *Matlakueye*, porque, como dice el padre de Francisco, “nosotros nacimos y vivimos de la montaña”. Un pasaje hermoso en el libro es el enorme inventario de hongos silvestres que la *Malintzin* proveía a sus pobladores para comer en variadas épocas del año y de acuerdo a las simbiosis de los hongos con sus árboles hospederos: cornetitas (encontrados en el árbol de encino), escobetas, *ayojochit*, *kuatlilmej*, señoritas, *olonanakat* (porque parecen olotes de mazorca y salen junto a los azumiates), las familias o huevitos, los soldaditos. Por si fuera poco, Francisco completa el listado con los nombres en su lengua materna, los cuales describen no sólo la geografía del lugar donde se encuentran sino también su apariencia: *oyamechilnanak*, porque crecen junto a los oyameles y son rojos como los chilitos; el hongo *tekosaj*, amarillo, que se da junto a los ilites y que su padre le contó “se comían en quesadillas”; el *menanakat* crece en el maguey viejo, y frito con cebolla y salsa hasta pareciera que se “están comiendo carnitas”. Este pasaje del libro va acompañado de la nostalgia de su padre al reconocer que tanto la diversidad de hongos como el hábito de consumirlos ha quedado en el pasado. Hecho sin duda que se repite en casi todos los pueblos indígenas, por haber sido impactados por la modernidad que promueve otros hábitos de consumo para deteriorar paulatinamente nuestra calidad de vida.

El libro pone en evidencia contundente el reconocimiento del origen compartido por todos los pueblos indígenas de Mesoamérica, el maíz, que como bien dijo el padre de Francisco: “no es una cosa, es alguien” que vive y da vida. Cada uno de los pueblos, Canoa y Tzinacapan, sostienen el carácter sagrado del maíz y su consumo durante las celebraciones. Un ejemplo es el esquimole, comida para celebrar en la casa de los mayordomos durante la fiesta de San Miguel en Canoa. Esta comida se cocina con el maíz moradillo tostado y molido en metate, el cual se agrega al caldo con chile guajillo donde se coció la res.

Historias entrelazadas también comunes en ambos pueblos: los caciques concesionarios de la venta de pulque, en San Miguel Canoa, y usureros cobrándose con terrenos en San Miguel Tzinacapan. Historias sin duda de injusticias provocadas por la ambición de los que ya tienen y siempre querrán tener más.

El padre de Francisco cuenta sus memorias y lo que recuerda de los dichos de su padre. En el relato descubrimos que San Miguel Canoa debe su nombre a la serie de troncos ahuecados como “canoas” para conducir agua; nos podemos imaginar qué tan pequeña era Puebla, con el mercado la Victoria como único lugar de abasto de alimentos frescos y la tienda “La Viajera” como la abarrotera a la que asistían casi todos los pobladores de Canoa a comprar chile, carne seca y otros insumos para todo el año. Los recuerdos son tan descriptivos que se puede imaginar a los pobladores desplazarse en mulas desde Canoa hasta Puebla, llegar hasta el mesón en el barrio de San Antonio y atar sus mulas.

Canoa, el pueblo de origen de Panchito, y Tzinacapan, su pueblo adoptivo, son tan únicos pero al mismo tiempo tan comunes. Comparten al mismo patrón –San Miguel Arcángel–, el espíritu festivo, el respeto a los compadres, los collares de flores, el *popochcaxit*, el *xochipitsauak*, la misma lengua para decir su mundo y el mismo coraje para reclamar respeto y dignidad.

Francisco es doblemente sanmigueleño, tal vez por ello desde sus años en el seminario y más tarde siendo sacerdote se destacó por su rebeldía y oposición al abuso, la discriminación y la injusticia. Francisco demostró su adhesión a las causas justas en el pueblo de Tlachichuca, cuando constató la corrupción y la explotación de sus feligreses –productores de papa–. Al llegar a Cuetzalan, su nueva parroquia, la situación no era tan diferente, las mismas vejaciones para los más pobres. Al convertirse en vicario de Tzinacapan, sin embargo, ya no se encontró solo enfrentando la misma lucha. Contar con gente que está del mismo lado, construyendo opciones dignas, fortaleció la opción de vida de Francisco Sánchez. En esta parte de su libro, el autor refiere al equipo PRADE, cuyos integrantes dieron muestra desde 1973 (y lo siguen haciendo) de su compromiso en la búsqueda de mejores condiciones de vida para el pueblo. El contraste fue inevitable –es posible estar en lucha no violenta pero sí valiente por la paz, la justicia y la libertad–. Francisco Sánchez escribe: “pude ver con meridiana claridad las ambigüedades de la iglesia, cuya historia ha sido de complicidad y solapamiento del poder económico y político”. Cobijado y respaldado por este grupo, Pancho optó por dejar el ministerio sacerdotal; aunque la decisión no fue fácil, ahí estaban los miembros de los que hasta hoy son su comunidad de vida: el grupo PRADE, A.C.

Sorpresivamente, en el libro no se encuentra narrado el trágico suceso de los años sesenta que llevó a San Miguel Canoa a ser conocido en el plano nacional. En este sentido, el texto abre la oportunidad para la reivindicación del pueblo estigmatizado por el “linchamiento de estudiantes comunistas”.

El libro es también una de las escasas literaturas encontradas en lengua originaria. El ensayo está redactado en español, pero cuenta con traducción e interpretación por el mismo autor en su lengua materna: el mexicano o nahua. Un valor lingüístico adicional se demuestra a lo largo del texto, ya que el autor usa las dos variantes del nahua, el hablado en San Miguel Canoa, con la terminación *-tl*, y la ortografía desarrollada en Tzinacapan que omite la “l” en las palabras que terminan con *-t*.

Francisco Sánchez es un hombre generoso que nos convida de un momento muy profundo de reconciliación con su padre, de su proceso de reafirmación identitaria y de sus decisiones para vivir una vida congruente y digna. *Tzinacapan y Malintzin. El encuentro* no es una biografía de Francisco Sánchez Conde, es una reflexión profunda de su opción de vida.